

Palabra del Señor

Lectura del evangelio y reflexión diaria
para los cofrades leoneses

Cuaresma y Semana Santa

2007



La Horqueta Digital
www.horqueta.net

Prólogo

Xuasús González. Bracero Mayor

Es la Cuaresma tiempo de preparación, de reflexión, de penitencia; en definitiva, de disponernos adecuadamente para aquello que llevamos esperando todo un año: la Semana Santa.

Durante estos días, muchas son las iniciativas que desde el mundo cofrade se llevan a cabo –muchísima música, unos cuantos actos culturales y algunos culturales– que, de alguna forma, nos *aclimatan* ya para la llegada de la Semana Mayor.

Y ésta no es sino la conmemoración del Misterio Pascual, la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, la historia de nuestra salvación que –dicho sea de paso– se revive también en cada eucaristía, en la que deberíamos poner más interés.

Con la llegada de la Cuaresma, pues, algo cambia. Un año más –y con este son ya tres–, desde La Horqueta Digital queremos contribuir a esa necesaria preparación a través de *Palabra del Señor*.

Esta publicación no es más que una recopilación de la Palabra de Dios, de los evangelios de cada día entre el Miércoles de Ceniza y el Domingo de Resurrección, facilitando –y fomentando– su lectura.

Junto a estas lecturas –y es lo que lo que verdaderamente le da una personalidad propia–, un comentario sobre cada una de ellas orientado a los cofrades leoneses para que, día a día, nos vayamos aproximando más al significado de la Semana Santa.

En esta ocasión, seis han sido los autores de los comentarios: Roberto Da Silva, Manuel S. Fláker Labanda, Luis García, Manuel González López de Lemus, José Sánchez González y Antonio Trobajo Díaz, todos ellos sacerdotes interesados en la Semana Santa leonesa y que, desinteresadamente colaboran con esta publicación. A todos ellos, nuestro mayor agradecimiento.

Palabra del Señor 2007 ya está a nuestra disposición. Lo que ahora hagamos depende de nosotros. Pero merece la pena. Sin duda.

Miércoles, 21 de febrero de 2007. Miércoles de Ceniza*Mt 6, 1-6. 16-18*

Dijo Jesús a sus discípulos: "Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos, de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagáis limosna, no vayáis tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagáis limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, cuando vayáis a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará. Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará".

La Cuaresma se abre con una llamada incisiva a vivir la fe en autenticidad, sin falsas apariencias, a las que tan dados somos hoy. Además el pasaje evangélico está tomado del llamado "Sermón de la Montaña", que nos transmite el evangelio de San Mateo y que es considerado como el catecismo más fundamental del cristianismo.

El pasaje hace referencia a las tres actitudes básicas más características de este tiempo, que se resumen en la palabra "conversión": **limosna, oración y ayuno**. Para las tres se pide el adorno obligado de la sinceridad y de la discreción. No puede ser menos en una religión en la que cuenta ante todo el corazón, limpio y transparente en la presencia de Dios, que es lo que importa.

Hoy esas tres palabras deberían traducirse de modo que resultaran actuales y llamativas. La limosna sería el sentido de la **solidaridad** hacia cualquier tipo de necesitados, vivida por dentro y por fuera. La oración sería la **presencia de Dios** en nuestra vida y en nuestra historia, en tiempos en que tendemos a vivir como si Dios no existiera. Y el ayuno se podrá traducir por **austeridad**, una virtud tan poco valorada en tiempos de consumismo y de hedonismo.

Antonio Trobajo Díaz

Jueves, 22 de febrero de 2007*Mt 16, 13-19*

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: "¿quién dice la gente que es el Hijo del hombre?". Ellos contestaron: "Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas". Él les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Simón Pedro tomó la palabra y dijo: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". Jesús le respondió: "¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo". Y les mandó a los discípulos que no dijiesen a nadie que Él era el Mesías.

Es un evangelio que sintoniza con la fiesta de la Cátedra de San Pedro en Roma, por cuanto se nos narra en él la promesa del **Primado** sobre Pedro y sus sucesores.

Ocurre el pasaje en un contexto geográfico concreto (las proximidades de la ciudad de Cesarea de Filipo, en la Traconítide), como queriendo dar historicidad plena al acontecimiento.

Hay un diálogo de Cristo con los discípulos de corte catequético a base de preguntas y respuestas. El tema es el más central posible en la fe cristiana: ¿Quién es Jesús de Nazaret? Las respuestas se dispersan, como de hecho ocurría en la realidad del entorno: "Juan Bautista, Elías, Jeremías, uno de los Profetas". Jesús pasa a lo que le interesaba: ¿Qué piensan los discípulos sobre él? La respuesta es de Simón Pedro: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". Jesús se llena de gozo, llamando "dichoso" a Pedro, porque entiende que allí ha habido una manifestación de Dios Padre, que le está señalando con el dedo a quien debe ser el primero entre los Apóstoles. Sobre él han de recaer promesas y seguridades: Simón será a partir de entonces la **Piedra** sobre la que se asentará la Iglesia y quien sostendrá las llaves que dan acceso al reino de Dios.

Antonio Trobajo Díaz

Viernes, 23 de febrero de 2007

Mt 9, 14-15

Se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: “¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?”. Jesús les dijo: “¿Es que pueden guardar luto los invitados a la boda, mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán”.

Este breve relato nos sitúa en una perspectiva de **penitencia** entendida desde la fe cristiana. La polémica pregunta de los discípulos de Juan ocurre en el contexto de la participación de Cristo y de sus discípulos en el banquete que sigue a la conversión de Leví: ¿Por qué los discípulos no ayunan, cuando otros lo hacen? Jesús responde iluminando la situación. Ayuno es sinónimo de tristeza, de aflicción. Si Él es la razón de la esperanza y de la alegría para quienes le descubren como el Salvador, ¿por qué van a tener que vivir apesadumbrados quienes están en su compañía? No se condena el valor de la austeridad y del ayuno; sólo se subraya la idea de que, cuando el novio está con sus amigos, no hay lugar para las privaciones; todo es **gozo y fiesta**. Pero llegará un día en que el novio les sea arrebatado (clara alusión a la pasión y a la cruz) y entonces será tiempo de **desconsuelo y nostalgia**, a la espera de un nuevo encuentro en paz y satisfacción.

Antonio Trobajo Díaz

Sábado, 24 de febrero de 2007

Lc 5, 27-32

Jesús vio a un publicano llamado Leví, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: “Sígueme”. Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa, y estaban a la mesa con ellos un gran número de publicanos y otros. Los fariseos y los escribas dijeron a sus discípulos, criticándolo: “¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?”. Jesús les replicó: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan”.

Todo el relato de la elección de Leví (el apóstol Mateo) tiene como vértice la enseñanza de que, en el nuevo tiempo, nadie está excluido del reinado de Dios. Leví es un cobrador de impuestos (un publicano),

al servicio del Imperio Romano, por lo que es un pecador público, un maldito, un excluido. Y con él los demás de su profesión y sus mismos amigos, calificados genéricamente como "pecadores" por los fariseos y escribas.

Jesús enseña por dos caminos que **no hay posibilidad de exclusión** para nadie. Por la vía de los hechos: él y sus discípulos participan del banquete preparado por Leví y su gente. Y por la vía de la enseñanza: "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan". Curiosamente quienes no van a entender nada de lo que ocurre son los que se consideraban justos, los escribas y los fariseos. Una vez más estamos en presencia de esas paradojas a que nos tiene tan acostumbrados el Evangelio, pero a las que no acabamos de acostumbrarnos nosotros.

Antonio Trobajo Díaz

Domingo, 25 de febrero de 2007

Lc 4, 1-13

Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo. Todo aquel tiempo estuvo sin comer, y al final sintió hambre. Entonces el diablo le dijo: "Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan". Jesús le contestó: "Está escrito: "No sólo de pan vive el hombre"". Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo, y le dijo: "te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me lo han dado y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo". Jesús le contestó: "Está escrito: "Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo darás culto"". Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: "Encargaré a los ángeles que cuiden de ti", y también: "te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras"". Jesús le contestó: "Está mandado: "No tentarás al Señor tu Dios"". Completadas las tentaciones, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

Es el domingo de las tentaciones de Jesús, que los evangelistas colocan inmediatamente antes del comienzo de la vida pública y después del bautismo en el Jordán. Es una ubicación estratégica, que nos hace entender que mucho más que victorias parciales ante las sugerencias diabólicas, lo que se nos presenta es, nada menos, que el afianzamiento de Cristo en un **tipo de mesianismo** alejado de los

triumfos y los gestos espectaculares. Las tentaciones de Jesús son tentaciones sobre su condición de Enviado de Dios, superadas después de cuarenta días, que evocan los cuarenta años de camino por el desierto del Pueblo de Israel.

El relato en el evangelio de Lucas coloca las tentaciones de modo que la última ocurra en Jerusalén. Esta ciudad y su subida a ella tienen en la pluma de San Lucas un significado especial: todo converge al Gólgota (muerte y resurrección) y de la ciudad santa todo apunta hacia el cielo (la ascensión), a la vez que se inaugura el tiempo de la Iglesia con el envío, por el camino inverso (de Jerusalén a Judea, de ésta a Samaría y hasta los confines de la tierra).

Las tentaciones de Jesús son el rechazo de **tres peligros** que acechaban al modo de ser Mesías conforme a la voluntad del Padre. El camino fácil del ejercicio de la omnipotencia, el camino agradable del dominio universal y el camino exitoso del triunfo espectacular son todo lo contrario de un mesianismo doliente y humilde. El tener, el poder, el triunfar quedan excluidos como métodos de hacer histórica la salvación de Dios por medio de un Ungido irrelevante, obediente, servicial y hundido hasta los infiernos de esta tierra. La derrota del "poder de las tinieblas", será el camino para la luz que nadie podrá apagar.

Antonio Trobajo Díaz

Lunes, 26 de febrero de 2007

Mt 10, 25, 31-46

Dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme". Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?". Y el rey les dirá: "Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis". Y

entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis". Entonces también éstos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?". Y él replicará: "Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo". Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna".

La Cuaresma es, antes que nada, tiempo de **conversión al amor de Dios, que se hace presente en el hermano necesitado**. El pasaje de este día lo pone bien a las claras, colocado además en el lugar estratégico de ser el primer lunes de la Cuarentena cuaresmal. El mandamiento nuevo del amor fraterno es el que distingue al cristiano del que no lo es. En él se condensa toda las antiguas orientaciones morales del Viejo Testamento, resumidas por el mismo Cristo: "Amarás a tu Dios con todo tu corazón y al prójimo como a ti mismo". Todo esto se subraya de forma especial en el evangelio de San Mateo. Por una parte, el mandamiento se pone de relieve en el contexto del **Juicio Final**, la piedra última de toque. Verdad es, pues, que en el atardecer de la vida, nos examinarán de haber amado.

Por otra, el episodio parabólico añade un elemento determinante: la razón de amar al hermano necesitado está, en definitiva, en que en él está el mismo Cristo doliente. No es como si fuese Cristo; es que **es Cristo realmente**. Lo que hacemos (o dejamos de hacer) se lo hacemos (o dejamos de hacer) al mismo Cristo. Así de crudo y de exigente.

Además, el pasaje este **cierra el ministerio público** de Jesús, antes de iniciar el ascenso hacia la Pascua. Por su colocación en este momento significativo, la enseñanza contenida debe ser de extraordinaria importancia.

Antonio Trobajo Díaz

Martes, 27 de febrero de 2007

Mt 6, 7-15

Dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho

les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así: ***Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno.*** Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas”.

Este breve relato se sitúa en el contexto de las exhortaciones de Jesús que piden una verdadera religiosidad, volcada en la adhesión plena y cordial al Dios vivo, frente a los riesgos de una religión vacía, hipócrita y de pura apariencia. En este caso la auténtica fe religiosa se concreta en el **espíritu de oración**.

La primera parte de la instrucción se desarrolla de forma negativa: la oración del discípulo no puede ser una borrachera de palabras y de peticiones. Tiene que ser una oración de confianza, puesto que Dios Padre sabe lo que nos hace falta antes de que se lo pidamos.

La segunda parte es la iniciación a la oración identificativa del cristiano, a lo que se ha considerado el carné de identidad del discípulo: el **Padrenuestro**. En esta oración se llama a Dios por su nombre propio de Abbá (“papaíto”), se pide la gloria para el nombre de Dios, se expresa el deseo de que llegue definitivamente el Reino, se solicita que los planes de Dios se cumplan en la historia y se pide con humildad y realismo el pan de cada día, el perdón y la liberación del mal y del Maligno. Como se ve, lo más sustancial de nuestra nueva condición de llamados a la salvación.

Los dos vv. finales son un añadido que viene a subrayar **la importancia del perdón** como signo del triunfo de una nueva forma de relacionarnos con los demás, totalmente propia del cristianismo: el perdón sin limitaciones.

Antonio Trobajo Díaz

Miércoles, 28 de febrero de 2007

Lc 11, 29-32

La gente se apiñaba alrededor de Jesús, y él se puso a decirles: “Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le

dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación. Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás”.

En esta segunda semana de cuaresma, tras escuchar el Evangelio de este miércoles os invito a que juntos subamos de uno en uno los peldaños que nos ofrece la Palabra de Dios:

El primer escalón es siempre fácil porque nos invita a otear el terreno, a valorar nuestras fuerzas y aquello que nos ilusiona, y preguntarnos: ¿en torno a qué nos apiñamos hoy?, ¿en torno a Cristo?

El segundo escalón nos describe que, hoy como entonces, las personas estamos acostumbradas a pedir signos, que necesitamos tener al alcance de nuestra mano aquello que nos ofrece seguridad. ¿En qué o quiénes buscamos nuestra seguridad?, ¿en nuestro grupo de “amigotes”? O mejor dicho ¿quién ofrece con más claridad el mensaje y la salvación de Cristo?

Si no lo sabemos preparémonos a subir **el último escalón**, en primer lugar, con la convicción de que habrá muchas personas que, con menos posibilidades y, seguramente, con más dificultades para vivir su fe, la han mantenido tan viva hoy como hace más de dos mil años; y, en segundo lugar, con inmensa vergüenza por no ser uno de ellos.

Roberto Da Silva

Jueves, 1 de marzo de 2007

Mt 7, 7-12

Dijo Jesús a sus discípulos: “Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo

dará cosas buenas a los que le piden! En resumen: Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la ley y los profetas”.

“Pedid”, “buscad” y “llamad”. Son tres verbos propios de este día. Pero..., que nadie se equivoque. No hace falta ir muy lejos para pedir, para buscar y para gritar, ni siquiera hace falta doblar alguna esquina para encontrar sus respuestas, sólo la valentía necesaria para hurgar en nuestro ajetreado corazón:

1.- **¿Qué pedimos?** Y detrás del qué pedimos ¿qué ofrecemos? Pero...-y si parezco pesado, perdonenme- qué ofrecemos a este destartado mundo. ¿En qué ha mejorado nuestra familia, nuestros amigos desde que estamos con ellos?

2.- **Detrás de qué andamos**, ¿cuáles son nuestros objetivos e ilusiones? ¿Somos capaces de cualquier cosa por hacerlos realidad?

3.- **¿A quién gritamos?** ¿A quién acudimos cuando las cosas se tuercen? ¿Con quién nos desahogamos? ¿En quién confiamos?

Jesucristo, por si no lo habían entendido sus discípulos o por si las moscas, recalcó al final del Evangelio que hemos escuchado hoy: “Tratad a los demás como queréis que os traten a vosotros” porque poniéndose en el lugar del otro es, sin duda alguna, el camino más corto para encontrarse con Dios.

Roberto Da Silva

Viernes, 2 de marzo de 2007

Mt 5, 20-26

Dijo Jesús a sus discípulos: “Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No matarás”, y el que mate será procesado. Pero yo os digo: Todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano “imbécil”, tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama “renegado”, merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito, procura arreglarte en seguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la

cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto”.

Después de escuchar el Evangelio de este viernes, me he convencido, aún más, de que Cristo intentó, por todos los medios, descubrirnos su infinito amor: curaciones, milagros, discursos, enseñanzas, consejos..., su vida, su muerte, su resurrección...

Pero hoy, contra todo pronóstico, nos ha susurrado cómo podemos corresponder a su amor: simplemente **SIENDO MEJORES**.

Porque el que intenta que su vida se forje en la fe de nuestro señor Jesucristo alberga la esperanza de que con el amor de Cristo, que hincha nuestros corazones por el día y nos protege por la noche, mi vida –la tuya- pueden cambiar.

Sería triste descubrir que la estela que dejamos los cristianos, allí donde vamos, es un río de amargura, de odio y de rencor..., porque nos hemos convencido de que ser mejores en este mundo es tener prestigio, mucho dinero, y nos hemos olvidado de lo que realmente significa: el ser unos buenos padres, unos modélicos hijos, unos responsables trabajadores y unos comprometidos ciudadanos.

El día en el que se nos olvide esta enseñanza se nos habrá olvidado que Cristo rompió, rompe y romperá con esa pesada carga que es contagiar las mismas cosas que el mundo nos ha ofrecido.

Roberto Da Silva

Sábado, 3 de marzo de 2007

Mt 5, 43-48

Dijo Jesús a sus discípulos: “Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”.

Si ayer Cristo nos invitó a ser mejores en las facetas que la humanidad tiene más descuidadas, hoy se nos acerca para pedirnos un solo favor: que pongamos atención en lo que se propaga y difunde por la calle, en nuestro barrio, en medio de nuestra familia, en lo que balbucea nuestro televisor y en lo que escupen muchas imprentas.

Y nos sugiere tal esfuerzo no para averiguar si son ciertas las noticias que corren de boca en boca, de mercenario en mercenario, sino para que abramos nuestros ojos ante lo que sucede y así conocer sobre el terreno qué es lo que podemos hacer. Pero..., que nadie se enfade porque no nos exige hacer esto o aquello, simplemente nos invita a que optemos entre ser parte del problema o ser parte de la solución.

Quizás, por ese divino deseo de ser parte de la solución, a Cristo nunca se le pasó por la cabeza odiar –y razones tiene- a los que le condenaron a muerte, a los que le crucificaron, a los que hoy seguimos dándole la espalda..., porque cree que el amor hace nuevas todas las cosas y el odio solo acumula más odio. Ahí –creo- radica el primer peldaño de la solución: **“Ama a todos sin distinción.”**

Roberto Da Silva

Domingo, 4 de marzo de 2007

Lc 9, 28b-36

Jesús llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: “Maestro, qué hermoso es estar aquí. Haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: “Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle”. Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Detrás del Evangelio de este domingo, me han surgido una serie de interrogantes que seguramente responderemos juntos:

El primero, ¿hace falta subir a una montaña para acercarse más Dios, para conocerle, para intimar más con él?

El segundo, si somos capaces de encontrar un momento de quietud en nuestra alocada existencia para encontrarnos con Dios, ¿seremos capaces de asombrarnos ante su presencia, ante lo que nos va a proponer y contar?

El tercero -y no menos importante-, ¿cómo creemos que será nuestra vida después de ese encuentro?

Seguramente coincidiremos en la necesidad de apartarnos del ruido diario que nos envuelve para descubrirle tal cual es, sin deformaciones, sin intereses creados. Evidentemente, no iremos por mal camino, si estamos convencidos de que en cada encuentro hay una faceta nueva a la espera de ser descubierta. Y, con toda certeza no nos equivocamos, si afirmamos que una fe avivada por la presencia de Cristo no deja a la persona y a los que la rodean como estaban: hay algo nuevo.

Entonces, ¿qué es lo que ha hecho hoy al celebrar la Santa Misa?

Roberto Da Silva

Lunes, 5 de marzo de 2007

Lc 6, 36-38

Dijo Jesús a sus discípulos: "Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros".

Podríamos pensar que Cristo en este lunes se ha levantado con el pie izquierdo al afirmar: "La medida que uséis, la usarán con vosotros." Y lo digo porque por experiencia sé que medir a los demás con la regla de mi amargura y de odio se convierte casi siempre en una medida que me vuelve multiplicada; en cambio, medir con la regla del amor desinteresado no siempre obtiene el mismo resultado porque muchas veces no hay respuesta.

Lo que es evidente –y negarlo sería necedad- es que un cristiano que respire odio tendrá todas las papeletas para crear un ambiente rancio a su alrededor. Pero el verdadero significado de las palabras de Cristo

en el Evangelio que hemos escuchado es una invitación a que usemos dicha medida no como yo o cualquiera de nosotros la empleamos habitualmente sino como el Padre la emplea con cada uno de nosotros: Él nos ama siempre, indistintamente de si le amamos a ratos o simplemente pasamos de Él.

Algo a lo que tristemente –y espero equivocarme- estamos muy poco acostumbrados. Y una medida que probablemente aún desconocemos.

Roberto Da Silva

Martes, 6 de marzo de 2007

Mt 23, 1-12

Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo: “En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame maestros. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno sólo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar consejeros, porque uno sólo es vuestro consejero, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”.

Hoy, según he leído el Evangelio de este martes, me ha inquietado –os lo confieso- algo a lo que no estaba preparado, mi corazón se ha rebelado y me ha preguntado a quemarropa: ¿no habrás liado pesados fardos con estos comentarios?

Esta pequeña señal de advertencia, que Cristo nos indica en esta segunda semana de cuaresma, me ha empujado a preguntar: ¿me he aprovechado alguna vez de alguien?, ¿nos hemos atrevido a ofrecer consejos que nosotros no estamos dispuestos a realizar?

Amigos, no quiero ser yo el que tire la primera piedra, pero cada uno de nosotros estamos sentados en nuestra propia “cátedra” y desde

ella vemos, valoramos y juzgamos todo lo que nos rodea según nuestro divino parecer sin tener en cuenta que nuestros juicios son, seis de cada diez veces, erróneos y que, con ellos, herimos en más de una ocasión a los que nos rodean.

Por esa razón, -nos dice Cristo- no nos dejemos llamar nunca maestros, porque no lo somos y siempre podremos aprender algo de la persona más inesperada y si queremos destacar por ser primeros en algo: que sea en servir.

Roberto Da Silva

Miércoles, 7 de marzo de 2007

Mt 20, 17-28

Mientras iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino: "Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará". Entonces se le acercó la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: "¿Qué deseas?". Ella contestó: "Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda". Pero Jesús replicó: "No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?". Contestaron: "Lo somos". Él les dijo: "Mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre". Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo: "Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos".

La subida hacia Jerusalén es símbolo y expresión del camino que conducirá al momento culminante de la Cruz. Se trata, por lo tanto, de un camino que desemboca en el sacrificio y la entrega extrema de Jesús. Los apóstoles le acompañan físicamente en este camino. Sin embargo, su corazón no termina de sintonizar con el significado profundo de este "caminar". Prueba de ello es que, mientras Jesús acaba de anunciar su pasión, algunos de los discípulos sólo piensan en dignidades y honores humanos –*Sentarse en el Reino a la derecha*

y la izquierda de Jesús—. La respuesta del Maestro trata de romper los mundanos esquemas de los Doce: en la lógica del Reino de Dios lo importante no es tener un puesto de honor o de privilegio, sino seguir a Jesús en su camino de entrega, de servicio y de amor.

El cristiano está llamado, por el bautismo, a ser seguidor de Jesús. Y este seguimiento también pasa por asumir todo lo que significa la Cruz de Cristo, expresión suprema de su entrega y su servicio. Por eso, podemos decir que los más aventajados en este seguimiento no son los que más tienen o los que más mandan, sino los que más y mejor sirven.

José Sánchez González

Jueves, 8 de marzo de 2007

Lc 16, 19-31

Dijo Jesús a los fariseos: "Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritó: "Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas". Pero Abrahán le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros". El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento". Abrahán le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen". El rico contestó: "No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán". Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto"

La parábola que hoy escuchamos en boca de Jesús nos sitúa en medio de dos personajes totalmente contrapuestos: el rico que vive rodeado de lujo y despilfarro y el pobre Lázaro, atormentado por el

hambre y la enfermedad. La muerte, sin embargo, cambia totalmente la situación de ambos. La desdicha de Lázaro se transforma ahora en consuelo celestial y el despilfarro del rico da paso a los tormentos del infierno.

La enseñanza de la parábola es clara: mientras vivimos siempre estamos a tiempo de hacer el bien y de compartir lo que tenemos. Si no nos decidimos a hacerlo en el momento presente, quizá mañana sea demasiado tarde. En el trasfondo de lo que nos dice este texto se encuentran tres de las actitudes a las que los cristianos nos sentimos especialmente llamados en este tiempo de cuaresma:

- La **limosna**, porque la instauración de la verdadera justicia pasa por el gesto de compartir lo que tenemos con los más necesitados.
- La **conversión**: porque cada día es una oportunidad para volver nuestra vida hacia Dios y hacia las necesidades del prójimo.
- La **oración**: porque es en la escucha de la Palabra de Dios – *escuchar a Moisés y los profetas*– donde el cristiano puede percibir la urgencia de la llamada a la conversión.

José Sánchez González

Viernes, 9 de marzo de 2007

Mt 21, 33-43. 45-46

Dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: “Escuchad otra parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores, para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. Envió de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: “Tendrán respeto a mi hijo”. Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: “Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia”. Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?”. Le contestaron: “Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores, que le entreguen los frutos a sus tiempos”. Y Jesús les dice: “¿No habéis leído nunca en la Escritura: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un

milagro patente"? Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de los cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos". Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y aunque buscaban echarle mano, temieron a la gente que lo tenía por profeta.

La parábola de los viñadores malvados que hoy leemos constituye una hermosa alegoría de la Historia de la Salvación. En su proyecto salvífico sobre la humanidad, Dios (*el dueño de la viña*) escogió en un primer momento al Pueblo de Israel, estableciendo con él una Alianza de Amor. Sin embargo, los israelitas (*los labradores*) no supieron estar a la altura de las circunstancias y se apartaron de Yahveh. Para reconducir a su Pueblo por el camino de la Alianza, Dios le fue enviando numerosos profetas (*sus criados*) para que hablaran y actuaran en su nombre. Sin embargo, lejos de escucharlos y de convertirse, los israelitas rechazaron y maltrataron a toda esa multitud de envidios. En el momento culminante de la historia Dios ha querido enviar a la Viña incluso a su propio Hijo Jesucristo. Pero también éste es negado y rechazado hasta la muerte. La obstinación de Israel impide que Dios pueda recoger los frutos de salvación que ha querido sembrar en medio de su pueblo.

¿Qué le cabe hacer entonces al dueño de la viña? Quitar la posesión del Reino a Israel y entregárselo a un nuevo pueblo que dé los frutos a su tiempo. Este nuevo pueblo es la Iglesia, convertida en "pueblo de la nueva Alianza", al que Dios ha salvado por medio de la muerte y resurrección de su Hijo. *La piedra que desecharon los arquitectos* se ha convertido, así, para nosotros en *piedra angular*. A la Iglesia y a todos los que la formamos nos queda hoy la llamada a seguir acogiendo ese don de la salvación de Dios y a dar buenos frutos escuchando y cumpliendo su voluntad.

José Sánchez González

Sábado, 10 de marzo de 2007

Lc 15, 1-3. 11-32

Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: "Ése acoge a los pecadores y come con ellos". Jesús les dijo esta parábola: "Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna

viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado". Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y, llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo. "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado".

Esta hermosa parábola del hijo pródigo nos sirve hoy para redescubrir el rostro de un Dios que es Padre misericordioso. Se trata de una evocadora historia en la que hay muchos elementos que reclaman nuestra atención:

El hijo menor decide irse de casa y pedir su parte de la herencia para malgastarla. El Padre no se opone ni se lo impide. Su amor le lleva a respetar absolutamente la libertad de su hijo, a pesar del dolor y el sufrimiento de la separación.

Tras reconocer su error, el hijo comienza a recorrer un camino interior de arrepentimiento y de conversión. Lo acompañan los lógicos

sentimientos de vergüenza y de indignidad por el pecado cometido. Es el camino que conduce de vuelta al calor del hogar y al amor paternal de Dios.

La reacción del padre es sobrecogedora: Él siempre ha esperado el retorno del hijo y, cuando se produce, se adelanta lleno de alegría para abrazarlo. No pide explicaciones ni pone condiciones; simplemente perdona. Y al perdón le sigue la fiesta, porque el retorno al amor primero siempre es motivo de una celebración gozosa.

El hermano mayor pone la nota discordante. Él se niega a participar de la alegría del reencuentro y del perdón. En su concepto de "justicia" no entran los disparatados excesos de la misericordia.

El Dios revelado por Jesucristo no es un Dios de la venganza o el temor; es el Dios del amor, abierto siempre a la misericordia y el perdón. Nuestra condición de pecadores nos lleva a abandonar muchas veces la casa paterna. Pero el arrepentimiento y la conversión nos devuelven a los brazos amorosos del Padre.

Domingo, 11 de marzo de 2007*Lc 13, 1-9*

Se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó: "¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no. Y si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera. Y les dijo esta parábola: "Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: "Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué ocupar terreno en balde?". Pero el viñador contestó: "Señor, déjala todavía ese año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, el año que viene la cortarás""".

En el Evangelio de hoy nos encontramos, de nuevo, con la llamada apremiante de Jesús a la conversión. Se trata de una llamada que va dirigida al corazón de cada persona, porque todos necesitamos volver nuestro corazón hacia Dios y dar la espalda al pecado que nos lleva a la destrucción. En esta tarea no podemos "echar balones fuera", ni

consolarnos pensando que hay otros que están peor que nosotros. Todos tenemos que sentirnos responsables de la propia culpa; experimentar la urgencia de tomar las riendas de nuestra vida para cambiar el rumbo y optar decididamente por la salvación que viene de Dios.

Somos "higuera de Dios" y estamos llamados a dar frutos. Si no hacemos, nuestra vida se volverá estéril e inútil... Y la higuera estéril está avocada a ser arrancada e ir a parar al fuego.

Nos queda, sin embargo, el consuelo de saber que Dios tiene una infinita paciencia con nosotros. A pesar lo urgente que es que la higuera dé sus frutos, el Señor no se cansa de darnos nuevas oportunidades para la conversión y el arrepentimiento. Él mismo se compromete a poner todo su empeño en cuidar entrañablemente de nosotros para que nuestra vida se renueve por su gracia.

José Sánchez González

Lunes, 12 de marzo de 2007

Lc 4, 24-30

Dijo Jesús al pueblo en la sinagoga de Nazaret: "Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio". Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

El relato de hoy apunta directamente al desenlace de la Cruz. El intento de "linchamiento" a Jesús sienta un precedente que desembocará finalmente en el juicio, la condena y la pasión del "Rey de los judíos".

La predicación mesiánica de Cristo levanta suspicacias entre los suyos. Rompe los esquemas de quienes lo habían visto nacer y le conocían simplemente como *el hijo del carpintero*. ¿Quién se creía este Jesús al hablar de sí mismo como el Enviado y Ungido de Dios?

¿Cómo se atrevía a desfigurar el rostro de Dios que había sido inculcado en el pueblo de Israel por la ley y los profetas?

Jesús rompe la paz y la falsa seguridad de su pueblo ante Dios: la salvación no depende del hecho de pertenecer a una raza o a un pueblo concretos; depende de la escucha de la Palabra y de la respuesta personal de la fe. Y en esa escucha y esa respuesta son los extranjeros (*La viuda de Sarepta, Naamán el sirio...*) los que, a veces, nos llevan ventaja.

La reacción del pueblo es el odio y la ira contra Jesús. La solución pasa por terminar con el mensajero. Pero Jesús *se abre paso ante ellos y se aleja*. Aún no ha llegado su hora. No serán sus adversarios quienes le quiten la vida, sino que será Él quien la entregue libremente para la salvación de toda la humanidad.

José Sánchez González

Martes, 13 de marzo de 2007

Mt 18, 21-35

Se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: "Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?". Jesús le contesta: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo". El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes". El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré". Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?". Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano".

Jesús pretende mostrar a sus discípulos que las relaciones humanas entre aquellos que le siguen deben estar regidas por el espíritu de la misericordia y el perdón. Toda comunidad constituida en Cristo subsiste, se purifica, se profundiza, se consolida... gracias al perdón.

Pero no se trata éste de un perdón cualquiera. El perdón cristiano debe estar marcado por dos notas concretas:

Es un perdón al que no cabe ponerle límites (*perdonar setenta veces siempre*). El cristiano no puede someter su capacidad de perdonar a unas condiciones o a unas cifras preconcebidas. Siempre se puede perdonar porque el perdón nunca se gasta cuando brota del verdadero amor, ese amor que *todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta* (cf. 1Cor 13,7).

Y es un "perdón de corazón". Un tipo de perdón que supera con mucho el perdón del decoro, del arreglo amistoso, del apaciguamiento interesado; el perdón de aquellos que *no olvidan...* Un perdón que sólo puede ofrecer aquel que antes se ha sentido plenamente amado y perdonado por Dios.

José Sánchez González

Miércoles, 14 de marzo de 2007

Mt 5, 17-19

Dijo Jesús a sus discípulos: "No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos".

Dos aspectos se concentran en el Evangelio de hoy: por un lado la realidad del cumplimiento de la ley antigua en Cristo; y por otro la necesidad de cumplir esa ley.

Cuando Cristo habla de la "ley" no podemos entenderla en un sentido jurídico, sino religioso. Es la ley de Dios, es decir, el amor de Dios por el hombre hecho pautas de comportamiento, hecho vida concreta. No

es fruto de la imposición tiránica sino de la providencia de Dios que quiere lo mejor para el hombre.

En el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel agradeció y reconoció la acción de Dios en los mandamientos; el cumplimiento del decálogo era la respuesta agradecida a la elección de Dios y mostraba su "superioridad" frente al resto de los otros pueblos.

Pero Israel quebrantó la alianza. Se olvidó de Dios y de sus mandamientos. Por eso, la predicación de los profetas era siempre una denuncia amarga pero esperanzada ante un pueblo que sólo alaba a Dios con los labios pero que sus obras no se corresponden.

En este tiempo de conversión, Cristo nos recuerda que la ley de Dios no es inútil o estéril sino que es necesario tenerla grabada en el corazón. Nos enseña que nuestra conversión vendrá necesariamente por volver al Dios que nos ama y cumplir los mandamientos, la ley de Dios.

Y esos mandamientos han sido llevados a su plenitud por una ley que los engloba y da unidad: el amor. Cristo ha dado plenitud a la ley porque nos ha mostrado el camino del amor auténtico a Dios y a los hombres desde su encarnación hasta su cruz y resurrección.

El que así viva será grande a los ojos de Dios; esto es, en el Reino de los cielos.

Luis García

Jueves, 15 de marzo de 2007

Lc 11, 14-23

Jesús estaba echando un demonio que era mudo y, apenas salió el demonio, habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: "Si echa los demonios es por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios". Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, leyendo sus pensamientos, les dijo: "Todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus

bienes están seguros. Pero, si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama”.

Los milagros y curaciones que Cristo realiza en el Evangelio no son un artificio de ilusionismo en el que podemos creer o no creer. Estas acciones del Señor tienen un contenido mucho más profundo que el sólo hecho de la curación maravillosa y sorprendente.

Los milagros, junto con su palabra, son otra forma de predicación para Cristo. Con los signos, Cristo nos anuncia lo mismo que con sus labios: la acción del Padre en él, su victoria sobre el pecado y sobre todo aquello que esclaviza al ser humano, su amor por el hombre sufriente, la inauguración del reinado de Dios en el mundo: *“si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros”*.

Además, la acción de Cristo exige una respuesta por parte del hombre. No somos meros receptores pasivos de la gracia divina. La invitación final de Cristo en el evangelio a estar de su parte (“estar con él”) y a recoger con él, es la respuesta coherente y agradecida.

Con frecuencia los cristianos nos estancamos en la comodidad que nos puede llegar a paralizar en nuestro testimonio creyente. Es decir, pensamos la vida cristiana como si se tratara de cumplir externamente con unas obligaciones. Nos olvidamos que tampoco nosotros podemos vivir en “guerra civil”; es decir, no podemos pretender ser sólo cristianos a medias o en algunos momentos concretos.

El Evangelio que hoy se nos presenta es una llamada apremiante a cambiar nuestro corazón si así vivimos; y a estar siempre “de parte de Cristo” y a “recoger” con él.

Luis García

Viernes, 16 de marzo de 2007

Mc 12, 28b-34

Un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: “¿Qué mandamiento es el primero de todos?”. Respondió Jesús: “El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu

Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo a éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que éstos". El escriba replicó: "Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: "No estás lejos del reino de Dios". Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Los profetas en el Antiguo Testamento siempre denunciaban el gran peligro de convertir la religión y el culto en algo vano y externo. Desde esta perspectiva podemos comprender mejor el diálogo entre Cristo y el escriba.

Tenemos que considerar que el escriba era un experto en la ley de Dios, y la pregunta por el principal de los mandamientos no es baladí. Se puede ver que era un hombre inquieto, un buscador del bien, que tenía una recta intención y quería comenzar por unos sólidos cimientos.

Cristo le recuerda lo que ya sabía desde pequeño: "*Escucha, Israel*". Pero además, junto al amor al único Dios verdadero, une el amor al prójimo. Estos dos son los mandamientos principales. Mejor dicho, es un único mandamiento que se realiza en doble dirección.

Son muchos los pasajes del Evangelio en que el Señor nos ofrece la misma enseñanza, bien con su interpelación directa (como es este caso) bien con parábolas. También san Juan sintetizará el mismo mensaje con palabras bien hermosas y exigentes: "*si alguno dice: 'Amo a Dios', y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de él éste mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano*" (1Jn 4, 20-21).

El tiempo de cuaresma es un momento propicio para no olvidarnos que nuestro culto a Dios en la Eucaristía o en otras formas de piedad popular no debe ser vacío, sino que tendrá que ir acompañado de una sincera conversión del corazón que se verificará en el amor que demos a los demás.

Luis García

Sábado, 17 de marzo de 2007*Lc 18, 9-14*

A algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: "Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo". El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador". Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla, será enaltecido".

Una lección espléndida ésta del Señor en el Evangelio de hoy. Sin duda que podemos contemplarnos a nosotros mismos en los dos personajes de la parábola.

Para nosotros la palabra 'fariseo' es ya de por sí peyorativa, pero en tiempos de Jesús no era así. El fariseo era el perteneciente a un grupo religioso que se caracterizaba por la austeridad y el rigorismo en el cumplimiento de las leyes religiosas.

Jesús siempre mira el interior de las personas, no para condenarlas, sino para curarlas y perdonarlas si hay auténtico arrepentimiento. Por eso, el Señor desenmascara las intenciones viciadas del que se creía superior a los demás y los despreciaba porque su carné de identidad ante Dios eran sus muchas y buenas obras.

Los publicanos eran hombres del pueblo de Israel que servían al imperio romano y cobraban para él los impuestos. No es una exageración decir que eran odiados pues servían a la potencia extranjera invasora. Solían ser de dudosa reputación pues aprovechaban su poder para enriquecerse injustamente.

Podemos pensar que la superioridad moral del fariseo frente al publicano es indiscutible. Sin embargo, la actitud soberbia del primero frente al segundo es lo que merece el reproche de Cristo.

Dios no desprecia nuestras buenas obras pero ellas no deben llevarnos a creernos superiores a los demás. Por el contrario, cuando las hagamos, digamos como nos recomienda Jesús: *"somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer"* (Lc 17, 10).

Luis García

Domingo, 18 de marzo de 2007

Lc 15, 1-3. 11-32

Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: "Ése acoge a los pecadores y come con ellos". Jesús les dijo esta parábola: "Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de saciarse de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros"". Se puso en camino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado". Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y, llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me

has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado".

La parábola del hijo pródigo es una de las páginas más conocidas del Evangelio y más comentadas y en este tiempo de cuaresma es una seria invitación del Señor a reconciliarnos con Dios.

El hijo más pequeño se fue de la casa paterna. Ello significa mucho más que alejarse de un lugar en un momento determinado. Significa negar la realidad espiritual de nuestra pertenencia a Dios. De hecho pedir la herencia del padre es desear de algún modo un tanto sutil la muerte del padre.

Tal vez, hemos tenido la experiencia de esto en algún momento de nuestra vida. Al inicio notamos que todo va de maravillas. No tenemos a nadie que nos diga lo que tenemos que hacer, nos sentimos absolutamente pero falsamente libres.

Pero en el fondo nos engañamos a nosotros mismos, no nos percatamos de que los fundamentos de nuestra vida no están en aquellos lugares lejanos, sino en nuestra casa paterna.

Nosotros también somos hijos pródigos cada vez que pedimos la herencia a Dios para alejarnos del Él. Somos hijos pródigos cada vez que buscamos el amor donde no podemos encontrarlo. No es fácil recorrer el camino de la vida sin la ayuda de un Padre que nos ame, nos comprenda y nos anime.

Uno de los grandes retos de la vida espiritual consiste precisamente en reconocernos pecadores delante de Dios y pedirle su perdón. Porque la historia que hoy nos narra el evangelio no es una simple novela entre muchas otras. Es la historia de cada una de nuestras vidas llamadas a reconciliarnos con el Padre. Él nos espera con los brazos abiertos para darnos de nuevo su amor.

Luis García

Lunes, 19 de marzo de 2007*Mt 1, 16. 18-21. 24a*

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: "José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados". Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

En este día se celebra la fiesta de San José. En medio del tiempo de cuaresma el personaje de San José nos recuerda cómo la historia de la humanidad se va desarrollando de acuerdo al plan divino de la salvación. Es lo que llamamos la providencia de Dios.

Dios es el Señor del tiempo y de la historia y todo lo fue preparando para el momento culminante de la encarnación de su Hijo. También ahora sigue guiándonos a todos hasta la plenitud del Reino de los cielos.

Aunque muchas veces no comprendemos lo que sucede a nuestro alrededor y en nosotros mismos, los cristianos confiamos en la bondad de Dios y sabemos que de todo podemos y debemos extraer lo bueno.

También a San José y a la Virgen María les resultó desconcertante la irrupción de Dios en su historia y en sus proyectos. De hecho la vida les cambió totalmente después del acontecimiento que se nos describe en el Evangelio; sin embargo, ambos supieron estar a la altura de las circunstancias y no dudaron en confiar en Dios.

San José es un modelo de hombre de fe y él (no olvidemos que Dios nunca violenta la libertad del hombre) colaboró no sólo en el momento de la encarnación sino que cuidó con auténtico amor del Niño Dios.

En el tiempo de Navidad hemos celebrado la fiesta de la Sagrada Familia; la estampa entrañable del hogar de Nazaret. Hoy, aunque no

se habla mucho de san José en los evangelios debemos reconocer su misión bien cumplida.

Es también un día propicio para orar especialmente por los padres y por las familias donde el padre es una figura importantísima. Y también podemos y debemos orar por las vocaciones sacerdotales.

Cada uno de los cristianos tenemos que cumplir con fidelidad plena y entrega auténtica la misión que Dios nos pide como lo hizo san José.

Luis García

Martes, 20 de marzo de 2007

Jn 5, 1-3a. 5-16

Se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Ésta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, parálíticos. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: "¿Quieres quedar sano?". El enfermo le contestó: "Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado". Jesús le dice: "Levántate, toma tu camilla y echa a andar". Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado, y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: "Hoy es sábado, y no se puede llevar la camilla". Él les contestó: "El que me ha curado es quien me ha dicho: Toma tu camilla y echa a andar". Ellos le preguntaron: "¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y eches a andar?". Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: "Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor". Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado.

En el Evangelio de la curación del parálítico se entremezclan dos realidades: por un lado el hecho de la curación y por otro lado el dato de que haya tenido lugar en sábado. Vamos a ver cada aspecto más detenidamente.

Una vez más encontramos a Cristo acercándose a un hombre con una enfermedad que le provoca sufrimiento no sólo físico sino moral;

notemos que, además de no poder andar, no tiene a nadie: está sólo. Se encuentra en la más absoluta indigencia y ello prolongado en el tiempo durante muchos años.

El Señor Jesús realiza la curación. No lo hace introduciendo al tullido en la piscina como el resto sino que es él mismo quien actúa sobre él. Con Cristo no tenemos que buscar ninguna otra mediación; en él está la salvación y no hay otro. En los tiempo del Mesías el antiguo sistema ha pasado, él nos trae una Buena Nueva, absolutamente nueva, que se deja transparentar en la acción sobre este enfermo.

Pero hay quienes no comprendieron esta novedad de Cristo. Y por eso viene la discusión sobre el tema del sábado. Así pasamos al segundo punto.

Bajo la preocupación de los judíos por cumplir y hacer cumplir la ley religiosa de su época, se esconde en el fondo un rechazo hacia Cristo y el miedo a que les dejara en evidencia, como ocurría a menudo.

El Evangelio nos va anunciando poco a poco el deseo de condenar a Jesús "porque hacía tales cosas en sábado". Ellos no supieron comprender que Cristo es "señor del sábado", que es bueno hacer el bien en sábado.

Estemos atentos, no sea que nuestros principios, leyes, preceptos nos "despisten" del mandamiento principal: amar a Dios y al hermano.

Luis García

Miércoles, 21 de marzo de 2007

Jn 5, 17-30

Dijo Jesús a los judíos: "Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo". Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo abolía el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios. Jesús tomó la palabra y les dijo: "Os lo aseguro: El Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre. Lo que hace éste, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que ésta, para vuestro asombro. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo el juicio de todos, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió. Os lo aseguro: Quien escucha mi palabra y cree al que me

envió, posee la vida eterna y no se le llamará a juicio, porque ha pasado ya de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque, igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida, y le ha dado potestad de juzgar, porque es el Hijo del hombre. No os sorprenda, porque viene la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”.

Este evangelio nos enseña la importancia que da nuestro Señor a su identidad de Hijo de Dios, El es el único Hijo natural de Dios y por lo tanto Dios también. Sus enemigos lo entendieron y por eso intentan matarlo: nosotros hemos de ser conscientes de nuestra filiación divina, esto es nuestra pertenencia a la familia divina no como Cristo por naturaleza sino por adopción, así nos lo enseña S. Pablo que nos recuerda que por medio de la gracia del Espíritu Santo podemos llamar al Padre Eterno Abba –expresión aramea que significa algo parecido a papá- para que consideremos como el bautismo nos hace hijos de Dios y de la Iglesia. Hoy día muchos que quieren arrancar de sus vidas la dependencia que todas las criaturas tenemos de Dios, así intentan negar la divinidad de Jesucristo, vieja herejía que ya nuestros hermanos en la fe lucharon contra ella en los tres primeros siglos de nuestra era, vuelve con nueva virulencia. Nuestra respuesta ha de ser repetir muchas veces cada día: Abba que estás en el cielo santificado sea tu nombre... Buen propósito para esta Cuaresma: pedir a María que nos haga conscientes de la divinidad de su Hijo nuestro Señor Jesucristo.

Manuel González López de Lemus

Jueves, 22 de marzo de 2007

Jn 5, 31-47

Dijo Jesús a los judíos: “Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí, y sé que es válido el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis

gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan testimonio de mí; que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creéis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna; pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio, a ése sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?”.

Jesús habla del testimonio que dan de Él: S. Juan el Bautista; las obras del Padre –sus milagros- las Sagradas Escrituras y su Padre. Nosotros como seguidores de Cristo, eso es lo que quiere decir la palabra cristiano, hemos de dar testimonio de Cristo en esta sociedad que se aleja de Dios. Nuestro testimonio debe ser como Juan, el Bautista que proclamo a Cristo como el Mesías que había de venir, nosotros como el Mesías que ya ha venido y que se ha quedado con nosotros en los sacramentos, de modo especial –verdadera, real y substancialmente. Con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad- en la Sagrada Eucaristía. Las obras del Padre en nosotros son nuestras buenas obras, por las cuales reconocerán que somos sus discípulos. ¡Que necesaria es hoy día nuestra coherencia! Ya lo decía el mismo Señor, por sus frutos los conoceréis. La Sagrada Escritura, no leída a nuestro antojo, sino bajo el amparo del Espíritu Santo, en el seno de la Iglesia. Ya lo decía S. Jerónimo: ignorancia de la Escritura Santa es ignorancia de Jesucristo.

Buen programa para esta Cuaresma cuando se nos ofrece una nueva oportunidad de convertirnos y acercarnos, como siempre, a Jesús por María.

Manuel González López de Lemus

Viernes, 23 de marzo de 2007*Jn 7, 1-2. 10. 25-30*

Recorría Jesús la Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las tiendas. Después que sus primeros parientes se marcharon a la fiesta, entonces subió el también, no abiertamente, sino a escondidas. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: "¿No es éste el que intentan matar? Pues mirad como habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías? Pero sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene". Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: "A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz; a ése vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él, y él me ha envidado". Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

Nuestro Señor Jesucristo se oculta por prudencia y da la cara hablando abiertamente de su misión redentora poco después. Nos recuerda de donde viene: del Padre, porque el Padre y Él son uno. Aquí también Jesús es un ejemplo para nosotros de humildad. Jesús no hace lo que le apetece o antoja, Él ha venido para obedecer al que le ha enviado. Nosotros hemos de aprender a obedecer a quien estamos obligados por el cargo o la posición que ocupamos. Hemos de obedecer a la legítima autoridad y en esto parecemos a Jesús, en un ambiente, como el nuestro, donde se ha perdido el sentido de autoridad, nuestra actuación seguro que choca, pero esa es la coherencia que nos pide la fe. Humildad, obediencia y servicio son virtudes que no están de moda, pero tampoco vino Jesucristo a estar de moda sino a cumplir la voluntad de su Padre, ese es el ejemplo claro y diáfano que necesita el mundo de hoy: ver que los cristianos, a pesar de haber pasado 20 siglos de historia todavía creen en Jesucristo y obedecen a su Iglesia aunque no este de moda. Penosamente, todos los que se casan con una moda u otra quedan viudos al pasar el tiempo y con el la moda a la que se adhirieron. Cristo, María y los santos, con su respuesta de fidelidad a la voluntad del Padre estarán siempre de moda, la santidad esta por encima de las modas y los tiempos que corren, es para todos, y para siempre.

Manuel González López de Lemus

Sábado, 24 de marzo de 2007*Jn 7, 40-53*

Algunos de entre la gente, que habían oído que los discursos de Jesús, decían: "Éste es de verdad el profeta". Otros decían: "Éste es el Mesías". Pero otros decían: "¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que el Mesías vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?" Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: "¿Por qué no lo habéis traído?". Los guardias respondieron: "Jamás ha hablado nadie como ese hombre". Los fariseos les replicaron: "¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la Ley son unos malditos". Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: "¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?". Ellos le replicaron: "¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas". Y se volvieron cada uno a su casa.

Ya había dicho Simeón a María, durante la Presentación de Jesús en el Templo, que su Hijo sería signo de contradicción. Aquí vemos como unos lo consideran profeta, otros Mesías, otros galileo... Unos quieren seguirle, otros prenderle. Como muy bien señala S. Juan Crisóstomo los escribas y fariseos no sacaron provecho ni al contemplar los milagros ni al leer las Escrituras; en cambio los guardias enviados por ellos para prenderle, aun siendo ignorantes de esas ayudas, se conmovieron y se convirtieron por un solo discurso. Fueron conquistados por su sola doctrina. Impresiona su convencimiento que les lleva a responder de esa manera a los enemigos de Jesucristo y reciben esas palabras de desprecio que expone una vez más la ceguera y necedad de su soberbia. Un hombre, Nicodemo –el que fue de noche a hablar con Jesús del nacimiento del Espíritu- le defiende en público sabiendo que se jugaba el tipo. También le despreciaron e insultaron. No hay peor ciego que quien no quiere ver, no hay peor sordo que quien no quiere oír. Por eso, Juan Pablo II repitió que la verdad no es apta ni para vencer, ni para convencer: la verdad hay que proclamarla y ella misma, como león que está encerrado en su jaula, en cuanto se la abre la puerta de su encierro no necesita defensa, él sabe defenderse solo.

Hoy día, también hay muchos que creen saberlo todo y desprecian la fe de los humildes, no dándose cuenta que ellos saben mas por su

humildad y deseo de oír la verdad y dejar que esta de fruto en sus vidas, en sus acciones y en sus devociones. Ya lo dijo Jesús: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. (Mt.11:25). María, los apóstoles, los siervos de los príncipes de los sacerdotes, los pastores de Belén... fueron los que en su humildad encontraron a Dios en Jesucristo. Buena lección para nosotros durante la Cuaresma.

Manuel González López de Lemus

Domingo, 25 de marzo de 2007

Jn 8, 1-11

Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio y, colocándola en medio, le dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?". Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: "el que esté sin pecado, que tire la primera piedra". E, inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: "mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?". Ella contestó: "ninguno, Señor". Jesús dijo: "tampoco yo te condeno. Anda y en adelante no peques más".

Este maravilloso pasaje nos muestra como es la justicia y misericordia de Jesús: siendo el Justo, no condena; en cambio aquellos, siendo pecadores, dictan sentencia de muerte. Además intentan poner a Jesucristo en un aprieto, si va contra la ley de Moisés, queda desacreditado con su pueblo, si ordena la muerte de la adúltera, caerá en conflicto con las autoridades romanas. Nuestro Señor responde por elevación y además nos ayuda a examinarnos a nosotros mismos que tan inclinados a juzgar estamos. Oigamos las palabras de S. Agustín sobre esta escena: "Mirad que tan llena de justicia, de mansedumbre y de verdad. ¡Oh verdadera contestación de la Sabiduría! Lo habéis oído: "Cúmplase la Ley, que sea apedreada la adúltera". Pero ¿Cómo pueden cumplir la Ley y castigar a aquella mujer unos pecadores? Mírese cada uno a si mismo, entre en su interior y póngase en presencia del tribunal de su corazón y de su

conciencia, y se vera obligado a confesarse pecador. Sufra el castigo aquella pecadora, pero no por mano de pecadores; ejecútese la Ley, pero no por sus transgresores". Parece como si S. Agustín predicara en Cuaresma. Sin embargo deja un pequeño hilo suelto. Jesús, después de quedarse solo perdona a la pecadora mostrando misericordia, pero no sin antes recordarle la condición para el perdón: el propósito de la enmienda. Vete y a partir de ahora no peques más. Que buena oportunidad para pedir ayuda a María para acudir a una confesión contrita y llena de dolor de Amor por nuestro Señor Jesucristo.

Manuel González López de Lemus

Lunes, 26 de marzo de 2007

Lc 1, 26-38

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David: la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin". Y María dijo al ángel: "¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?". El ángel le contestó: "el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible". María contestó: "Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Y la dejó el ángel.

En medio de esta Cuaresma nos encontramos con la celebración de la Encarnación del Hijo de Dios en las entrañas purísimas de María. La Iglesia se regocija en reconocer que de hoy a nueve meses celebraremos la Navidad. Jesús viene en nuestro auxilio. María es fiel a la llamada divina y se hace instrumento de nuestra Redención. Ella es la Virgen fiel. Juan Pablo II se preguntaba que cuáles eran las dimensiones de su fidelidad. Él mismo se respondía en la catedral de México en enero de 1979. Su comentario explicaba 4 pasos históricos de su fidelidad: el primero era **la búsqueda**, ella con amor busca la

voluntad de Dios ¿Cómo sucederá esto?, pregunta al ángel en la anunciación. Por lo tanto, para nosotros aprender a ser fieles hemos de buscar pacientemente al Señor en nuestra oración y en nuestra entrega a los demás. La segunda dimensión es **la acogida, la aceptación**, ella al conocer lo que Dios quiere resuelve que se haga lo que quiere Dios: Hágase en mí según tu Palabra. No dice que ella lo hará todo, sino que se haga en ella. Que Dios decida sobre su vida y ella le seguirá con todo su amor, aunque cueste. Buen ejemplo para nosotros, la santidad no es prepotencia sino acogida de la voluntad de Dios: No se haga mi voluntad sino la tuya. Coherencia es la tercera dimensión de la fidelidad: vivir de acuerdo con lo que se cree. El intentar vivir como se cree y fallar no es hipocresía, sino debilidad. La hipocresía es no creerse lo que vivimos. La caída es parte de la condición humana, pero hemos de levantarnos y comenzar de nuevo. Dios no se cansa nunca de perdonarnos. La última dimensión es la prueba más dura de todas, ya que la fidelidad exige pasar por lo más difícil, la prueba de fuego de la duración. Esta última dimensión de la fidelidad es **la constancia**. Es fácil buscar y aceptar lo que Dios quiere e incluso ser coherente unos momentos, unos días... pero la constancia de toda una vida es lo que nos hace sufrir al pasar por la oscuridad del sufrimiento y del viernes santo, pero sin esto no es posible llegar a la gloria del domingo de Resurrección. María es nuestro modelo de fidelidad y seguimiento de Cristo.

Manuel González López de Lemus

Martes, 27 de marzo de 2007

Jn 8, 21-30

Dijo Jesús a los fariseos: "Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros". Y los judíos comentaban: "¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: "Donde yo voy no podéis venir vosotros"?". Y él continuaba: "Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues, si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados". Ellos le decían: "¿Quién eres tú?". Jesús les contestó: "Ante todo, eso mismo que os estoy diciendo. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz, y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él". Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: "Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que soy yo, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo;

porque yo hago siempre lo que le agrada". Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él.

Jesús advierte a los fariseos que su vida esta llegando a su fin y si rehúsan convertirse no encontraran ahora, ni nunca al Mesías prometido que es Él. Jesucristo insiste una y otra vez en usar la expresión: yo soy. Esta expresión deja entrever la condición divina de Nuestro Señor. El catecismo de la Iglesia Católica lo explica así: El Nombre Divino "Yo soy" o "Él es" expresa la fidelidad de Dios que, a pesar de la infidelidad del pecado de los hombres y del castigo que merece, "mantiene su amor por mil generaciones" (Ex 34,7). Dios revela que es "rico en misericordia" (Ef 2,4) llegando hasta dar su propio Hijo. Jesús, dando su vida para librarnos del pecado, revelará que él mismo lleva el Nombre divino: "Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy" (Jn 8,28). (Catecismo n.211). Hay como una cierta humildad en la Trinidad, si se puede hablar así: el Hijo revela al Padre, el Espíritu Santo revela al Hijo y la Iglesia nos revela al Espíritu Santo. Así vemos que una y otra vez las Escrituras insisten hasta la saciedad, por la importancia que tiene, de la divinidad de Jesucristo, ya que si el no es divino y no ha resucitado, como nos dice S. Pablo estamos todavía en nuestros pecados. La esperanza del cristiano no es esperanza vana, es la lógica consecuencia de creer que Jesucristo es quien el dice ser: el Hijo de Dios hecho hombre. Encarnado de María la Virgen, ella nos da ejemplo del mismo modo que ella dio a Cristo una naturaleza humana para poder salvarnos, hoy nosotros hemos de continuar dando a Cristo nuestra naturaleza humana –nuestro tiempo, nuestro corazón nuestras fuerzas, nuestra lengua...) para que Él siga actuando en el mundo en que vivimos que tenemos obligación de redimir.

Manuel González López de Lemus

Miércoles, 28 de marzo de 2007

Jn 8, 31-42

Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: "Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Le replicaron: "Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?. Jesús les contestó: "os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que

he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre". Ellos replicaron: "Nuestro padre es Abrahán". Jesús les dijo: "Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre". Le replicaron: "Nosotros no somos hijos de prostitutas; tenemos un solo padre: Dios". Jesús les contestó: "Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais, porque yo salí de Dios, y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió".

Otra vez la discusión sobre quien es Jesucristo surge con los judíos. Ahora el asunto que tratan es la verdad. La verdad esta relacionada con la palabra de Jesús y la palabra de Jesús que es verdad los hará libres. Hoy día, hay mucha confusión sobre estos términos que significan cosas diferentes para personas diferentes. La tentación mas profunda de nuestra época es la triste separación entre libertad y verdad. La dictadura del relativismo, como decía Benedicto XVI al principio de su pontificado, ha hecho que el hombre acabe presa de su mal uso de la libertad, ya que esta sin responsabilidad ni verdad, hace del hombre un pelele inútil que acaba esclavizado por sus pasiones. No hay libertad sin responsabilidad, sino libertinaje que es algo bien diferente. No todo lo que se que se me antoja es bueno y verdadero. Así, en materia sexual, se rechaza la doctrina de la Iglesia, frecuentemente ignorándola y atacándola de anticuada y fuera de la realidad cotidiana de nuestro entorno, sin advertir que así construimos una civilización adicta al sexo, como se puede caer en la adicción del alcohol, tabaco o el juego. Eso no es libertad, ya que no se es libre de dejarlo cuando mi voluntad lo exige. Juan Pablo II en su encíclica sobre la verdad (*Veritatis Splendor*) nos dice: "Según la fe cristiana y la doctrina de la Iglesia, solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en *estar* en la Verdad y en *realizar* la Verdad". Entran ganas de citar aquel verso corto pero profundo de Antonio Machado: ¿Tu verdad? No, la Verdad, y ven conmigo a buscarla, la tuya guárdatela. Vivir en verdad es ser coherente con lo que se cree, eso necesita nuestra sociedad. ¿Como podemos ser tan sensibles al cuidado por las mascotas y animales – que me parece muy bien- y sin embargo no decir nada, ni parecemos mal que alguien pueda decidir por la vida humana de alguien que ni siquiera ha nacido? Libertad sin verdad es capaz de volvernos a llevar a las cámaras de gas y al exterminio de los inocentes. Jesús, José y María, sed la salvación de este mundo y mía.

Manuel González López de Lemus

Jueves, 29 de marzo de 2007*Jn 8, 51-59*

Dijo Jesús a los judíos: "Os aseguro: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre". Los judíos le dijeron: "Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tú dices: "Quien guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre"? ¿Eres tú más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?". Jesús contestó: "Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: "Es nuestro Dios", aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera: "No lo conozco" sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría". Los judíos le dijeron: "no tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?". Jesús les dijo: "Os aseguro que antes que naciera Abrahán existo yo". Entonces agarraron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo.

La proclamación de la divinidad de Jesucristo es tan clara y diáfana en este texto que los interlocutores de Nuestro Señor llegan a coger piedras para tirárselas que es lo que se hace con los blasfemos. Era una blasfemia intolerable para los judíos el hacerse como Dios. Jesús apela una vez más a las obras que realiza, signos del poder de Dios (Sus milagros) y les recuerda que es su Padre quien le glorifica, de nuevo se presenta como el Mesías Salvador prometido por Dios a los patriarcas. Abrahán había recibido las primicias de la alegría mesiánica a modo de una profecía por el nacimiento de su hijo Isaac y cuando este le fue devuelto vivo después de la prueba que Dios le hizo pidiéndole que lo sacrificara en el monte Moria. Esto prefiguraba, se adelantaba a la resurrección de Cristo y la anunciaba. Ya que del mismo modo que el hijo de Abrahán fue redimido y devuelto a la vida, Cristo también sobre el monte Moria ahora Jerusalén sería sacrificado y de ese sacrificio y la consiguiente resurrección nos llegaría la Salvación. Por lo tanto Abrahán en el monte Moria había visto la Salvación de Cristo en su hijo Isaac. Algunas tradiciones judías decían que Dios había mostrado a Abrahán el día de la Salvación. Diciendo que antes que Abrahán naciese, yo soy es una declaración de su eternidad propia de la naturaleza divina, solo Dios es eterno. Pidamos al Señor hacernos conscientes que la Cuaresma y la Semana Santa culminan y tienen su fin en la gloria de la Resurrección. Esperemos junto a María que los misterios de la vida de Cristo vuelvan a pasar ante nuestros ojos y vuelva a producir una

nueva conversión de nuestros corazones pecadores que se arrepienten viendo el Amor del Dios hecho hombre: Jesucristo.

Manuel González López de Lemus

Viernes, 30 de marzo de 2007. Viernes de Dolores

Jn 10, 31-42

Los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús: Él les replicó: "Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?". Los judíos le contestaron: "No te apedreamos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios". Jesús les replicó: "¿No está escrito en vuestra ley: "Yo os digo: sois dioses"? Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede fallar la Escritura), a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfema porque dice que es hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre". Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: "Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad". Y muchos creyeron en él allí.

La liturgia nos está adentrando en la celebración del Triduo Pascual, que es el corazón del año litúrgico. En este texto se ve explícitamente el argumento por el cual el pueblo de Israel ha rechazado a Jesús, "Porque Tú siendo un hombre, te haces Dios". En la Pasión, a Jesús se le acusa de blasfemo. Este es el punto clave que todavía para muchos no está resuelto. El misterio de la Encarnación no es aceptado, esto fue el tema de las primeras herejías. No se aceptaba que en la humanidad de Jesús y tras el velo de esta esté presente la divinidad. Quizá el hombre sublima tanto el Misterio de Dios, que espera manifestaciones portentosas y extraordinarias, sin embargo Dios se hace el enconradizo con el hombre en Jesús y de forma ordinaria, Israel no acepta esto y encima lo rechaza. El problema no es lejano al hombre contemporáneo pues hoy se sigue rechazando a Jesús por parte de algunas personas, la encarnación es de nuevo rechazada. Algunos dicen, por ejemplo ¡para qué confesarse con un sacerdote que es un hombre igual que yo! Aquí está el problema de la Encarnación, no se ve la presencia de Cristo en la humanidad de la Iglesia. Hoy es Viernes de Dolores, dentro de una semana

celebraremos la crucifixión y muerte de Cristo en la cruz. En este evangelio se anuncia su muerte, pues lo querían apedrear como si fuera un asesino. ¡Qué paradoja! Él, que es el Santo y Bendito es tratado como un maldito. Jesús se retira al otro lado del Jordán, el río bautismal por excelencia, ya que significa "el que desciende", Jesús va a descender en un sufrimiento terrible en su pasión.

Manuel S. Fláker Labanda

Sábado, 31 de marzo de 2007. Sábado de Pasión

Jn 11, 45-57

Muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús [*la resurrección de su hermano Lázaro*], creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: "¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación". Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: "Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera". Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente con los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba allí el tiempo con los discípulos. Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: "¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?". Los sumos sacerdotes y fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo.

Este día es llamado Sábado de San Lázaro o de Pasión. La resurrección de Lázaro está siendo el preludio de la resurrección de Jesús. La Liturgia trata de situarnos de cara a abordar el dolor de la Pasión de Cristo con la expectativa de su Resurrección. Por otro lado se sigue preparando por parte del Sanedrín el argumento para la acusación de Jesús. Aquí se plantea desde el punto de vista político y religioso, pues Israel sabía que si permanecían unidos como nación y con una misma fe, subsistirían a la presión romana. Jesús hacía signos que provocaba el seguimiento de las masas y por ende

desestabilizaba la unidad de Israel. "Nos destruirán el lugar santo y la nación", esto que decía un fariseo, según el evangelio de hoy, es profético y se ha cumplido en Jesús pues El es el lugar Santo y El es Israel. La otra profecía está en relación a la misión de Jesús "conviene que uno muera por el pueblo", Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El evangelista explícitamente afirma: "se acercaba la Pascua", para Israel es el tiempo de la liberación ya que en la Pascua era sacrificado el cordero con cuya sangre se signarían los dinteles de las casas de los hebreos en Egipto, sería el signo de la salida de Egipto, Dios va a pasar liberando. Jesús es el Cordero que libera al hombre de la esclavitud del pecado.

Manuel S. Fláker Labanda

Domingo, 1 de abril de 2007. Domingo de Ramos

Procesión

Lc 19, 28-40

Jesús iba hacia Jerusalén, marchando a la cabeza. Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, mandó a dos discípulos diciéndoles: "Id a la aldea de enfrente: al entrar encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: "¿por qué lo desatáis?", contestadle: "el Señor lo necesita"". Ellos fueron y lo encontraron como les había dicho. Mientras desataban el borrico, los dueños les preguntaron: "¿por qué desatáis el borrico?". Ellos contestaron: "el Señor lo necesita". Se lo llevaron a Jesús, lo aparejaron con sus mantos, y le ayudaron a montar. Según iba avanzando, la gente alfombraba el camino con los mantos. Y cuando se acercaba ya la bajada del monte de los Olivos, la masa de los discípulos, entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos por todos los milagros que habían visto, diciendo: "¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto". Algunos fariseos de entre la gente le dijeron: "Maestro, reprende a tus discípulos". Él replicó: "Os digo, que si éstos callan, gritarán las piedras".

Esta procesión caracteriza e identifica este día y le da el nombre. En esta procesión se anuncia el triunfo pascual de Cristo. Jesús va a entrar en su Pasión y muerte, pero aquí ya se anticipa la victoria. Se sabe que desde el S. IV los cristianos de Jerusalén según lo relata la peregrina berciana Egeria en su diario. Dice que los cristianos de Jerusalén se daban cita para evocar los textos evangélicos de este día

y así recorrer los pasos de Jesús. El Obispo haciendo presente a Jesús se situaba al centro y entre cantos y palmas se caminaba descendiendo por el monte de los Olivos hasta la Anástasis (Santo Sepulcro). Una de las peculiaridades que introduce esta procesión es el dramatismo en la liturgia, el cual marcará la celebración del Misterio Pascual. Los cristianos de todos los tiempos deseamos acompañar y vivir junto a Jesús los momentos esenciales de la redención del hombre. La fe necesita de elementos sugestivos para la emulación cuasi-sacramental que ayuden a la persona a trascender y a contemplar el Misterio de la Redención. Nuestras ciudades y pueblos en estos días se convierten en Jerusalén, de manera que todos, lo quieran o no, son involucrados en la celebración de estos días santos. Para la antigua tradición catecumenal, este día formaba parte de la preparación inmediata de los elegidos que recibirían los tres sacramentos de la iniciación cristiana en la Vigilia Pascual, así en España en el S. VII en este día los catecúmenos eran bañados y vestidos con ropa nueva, de ahí el dicho "el que no estrena el domingo de Ramos, no tiene ni pies ni manos". La riqueza de tradiciones en torno a esta Procesión es elocuente. En Francia se llevaba el Libro de los Evangelios solemnemente en la procesión. En Alemania se procesionaba un asno de bronce para llevar a Jesús. En Italia se portaba una gran cruz. En Inglaterra la procesión tenía una connotación eucarística ya que se llevaban las Sagradas Especies. Para comprender mejor lo que Jesús realiza en este día hay que tener en cuenta sus palabras en la sinagoga de Nazareth (Lc.4,14 ss), apoyado en las palabras de Isaías, "año de gracia". Para Israel el año nuevo era llamado Día de los Clamores (Ros hasana). Jesús es recibido por los clamores de todos, pues está inaugurando con su misterio pascual un tiempo nuevo de gracia y salvación. En el Oficio divino de la Iglesia siro-jacobita había una representación dramática de la parábola de las vírgenes en la noche entre el Domingo y Lunes Santo. En el rito hispano-mozarábico se dramatizaba parte del salmo 23 "¿Quién es este Señor de la gloria?" a lo que respondía el Obispo: "El Señor de los ejércitos, ese es el Rey de la Gloria".

Manuel S. Fláker Labanda

Misa

Lc 22, 14 – 23, 56. Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

El senado del pueblo, o sea, sumos sacerdotes y letrados, se levantaron y llevaron a Jesús a presencia de Pilato. Y se pusieron a acusarlo diciendo: "hemos comprobado que éste anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey". Pilato preguntó a Jesús: "¿eres tú el

rey de los judíos?”. El le contestó: “tú lo dices”. Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la turba: “No encuentro ninguna culpa en este hombre”. Ellos insistían con más fuerza diciendo: “solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde Galilea hasta aquí”. Pilato, al oírlo, preguntó si era galileo; y al enterarse que era de la jurisdicción de Herodes, se lo remitió. Herodes estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días. Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento; pues hacía bastante tiempo que quería verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hizo un interrogatorio bastante largo; pero él no le contestó ni palabra. Estaban allí los sumos sacerdotes y los letrados acusándolo con ahínco. Herodes, con su escolta, lo trató con desprecio y se buró de él; y, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos Herodes y Pilato, porque antes se llevaban muy mal. Pilato, convocando a los sumos sacerdotes, a las autoridades y al pueblo, les dijo: “Me habéis traído a este hombre, alegando que alborota al pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas que le imputáis; ni Herodes tampoco, porque nos lo ha remitido: ya veis que nada digno de muerte se le ha probado. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré”. Por la fiesta tenía que soltarles a uno. Ellos vociferaron en masa diciendo: “¡Fuera ése! Suéltanos a Barrabás”. (A éste lo habían metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio). Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a Jesús. Pero ellos seguían gritando: “¡crucifícalo, crucifícalo!”. Él les dijo por tercera vez: “Pues, ¿qué mal ha hecho éste? No he encontrado en él ningún delito que merezca la muerte. Así es que le daré un escarmiento y lo soltaré”. Ellos se le echaban encima pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo el griterío. Pilato decidió que se cumpliera su petición: soltó al que le pedían (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su arbitrio.

Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevase detrás de Jesús. Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se daban golpes y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestro hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: “Dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado”. Entonces empezarán a decirles a los montes: “desplomaos sobre nosotros” y a las colinas: “sepultadnos”; porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?”.

Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él. Y cuando llegaron al lugar llamado “La Calavera”, lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús

decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Y se repartieron sus ropas echándolas a suerte. El pueblo estaba mirando. Las autoridades le hacían muecas diciendo: "a otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido". Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: "Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo". Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: Éste es el rey de los judíos. Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: "¿no eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros". Pero el otro le increpaba: "¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada". Y decía: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino". Jesús le respondió: "Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso". Era ya eso de mediodía y vinieron las tinieblas sobre toda la región, hasta la media tarde; porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu". Y dicho esto, expiró.

El centurión, al ver lo que pasaba, daba gloria a Dios diciendo: "realmente, este hombre era justo". Toda la muchedumbre que había acudido a este espectáculo, habiendo visto lo que ocurría, se volvían dándose golpes de pecho. Todos sus conocidos se mantenían a distancia, y lo mismo las mujeres que lo habían seguido desde Galilea y que estaban mirando.

La proclamación de la Pasión nos da la clave de comprensión de lo que se va a vivir en estos días. Este texto del evangelio nos mete una tensión que tiene su culmen en la Vigilia Pascual. Este evangelio aunque es crudo y duro, hay que leerlo a la luz de la Resurrección de Cristo. Es decir, todos los personajes de la Pasión son necesarios pues sin ellos no se podría dar el misterio pascual. "Dios del mal saca el bien" (San Agustín) En los personajes de la Pasión estamos retratados todos.

Manuel S. Fláker Labanda

Lunes, 2 de abril de 2007. Lunes Santo

Jn 12, 1-11

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la

mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: "¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?". Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa llevaba lo que le iban echando. Jesús dijo: "Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis".

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

En la tradición litúrgica este día, al igual que el Martes Santo y el Miércoles, no han tenido mayor relevancia. Eran días de preparación de los catecúmenos que recibirían el Bautismo en la Vigilia Pascual. En el evangelio de este día aparece un dato cronológico interesante, "seis días antes de la Pascua", es decir, nos situamos en el lunes y la Pascua de ese año caía en sábado, según el evangelista Juan. Por lo que Jesús habría muerto el viernes, que era el día del sacrificio del cordero pascual. Jesucristo es el verdadero Cordero Pascual. Luego otra alusión a la Resurrección, ya que la liturgia busca prepararnos para vivir desde la perspectiva de la resurrección, el escándalo de la muerte de Jesús. La alusión es doble, de una parte la resurrección de Lázaro, y de otra el perfume de nardo con el que María ungió los pies de Jesús. El lenguaje teológico-simbólico de Juan es claro. Ya aparece aquí anticipada la traición de Judas Iscariote, en el fondo lo ha vendido porque Jesús no es un Mesías que resuelva los problemas sociales de su tiempo. Judas pensaba en un Mesías repartidor de bienes, o quizá un Mesías fundador de una O.N.G. Por el contrario Jesús habla del reino de Dios y de que los pobres los tendréis siempre. El efecto simbólico de los trescientos denarios relacionados con las treinta monedas de la traición es obvio. A Jesús lo han estimado en menos que el perfume, pues por Jesús han pagado treinta denarios y por el perfume darían trescientos. ¡Qué paradoja! Siendo Él el verdadero perfume de Dios, el buen olor de Cristo.

Manuel S. Fláker Labanda

Martes, 3 de abril de 2007. Martes Santo*Jn 13, 21-33. 36-38*

Jesús, profundamente conmovido, dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús tanto amaba, estaba reclinado a la mesa junto a su pecho. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: "Señor, ¿quién es?". Le contestó Jesús: "Aquel a quien yo le de este trozo de pan untado". Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: "Lo que tienes que hacer hazlo en seguida". Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: "Donde yo voy, vosotros no podéis ir"". Simón Pedro le dijo: "Señor, ¿adónde vas?". Jesús le respondió: "A donde yo voy no me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde". Pedro replicó: "Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti". Jesús le contestó: "¿Conque darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces".

Continuando con el evangelio del Lunes Santo, Jesús aborda directamente la traición que Judas le está haciendo pero no la aborda con rencor u odio hacia Judas sino incluyendo su acción en el misterioso plan de salvación. El marco es la cena de pascua. Destaco por ejemplo el detalle de mirarse lo apóstoles unos a otros ya que ninguno está libre de traicionar al Señor, el que creyese que no lo traicionaría sería un iluso. Como Pedro que pensaba seguir a Jesús hasta la muerte y no traicionarle, Jesús le hace una profecía: "te aseguro que no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces". El gallo es símbolo de la vigilancia ya que está vigilante para anunciar el alba, la palabra nos invita a vigilar, a no creernos mejor que nadie pues podemos traicionar al Señor fácilmente. Pedro le negó tres veces, el número tres en la lengua hebrea es sinónimo del superlativo, repetir tres veces la misma palabra o acción es expresar el grado sumo.

Manuel S. Fláker Labanda

Miércoles, 4 de abril de 2007. Miércoles Santo*Mt 26, 14-25*

Uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: "¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?". Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: "¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?". Él contestó: "Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: "El Maestro dice: Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos"". Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: "¿Soy yo acaso, Señor?". Él respondió: "El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!; más le valdría no haber nacido". Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: "¿Soy yo acaso, Maestro?". El respondió: "Tú lo has dicho".

Ya estamos "ad portas" del Triduo pascual que es el corazón del año litúrgico. En cuanto al evangelio de este día la liturgia presenta una novedad, el texto de hoy es de Mateo. Se nos narra la traición de Judas. Ninguno está lejos de traicionar, el único que no traiciona es Dios. No veamos a Judas como una persona malvada que quizá es el estereotipo que tenemos. Judas es una persona inteligente y hábil, lo que quería era provocar a Jesús para que manifestara un mesianismo triunfante, que aplastara a los invasores romanos y renovara el reino de Israel. Judas creía con certeza que Jesús era el Mesías pero el tenía un modelo in mente de Mesías guerrero, vencedor y rey. Pensaba que si lo traicionaba y Jesús se veía ajusticiado manifestaría a todos la fuerza de su mesianismo. Cual sería la tristeza de Judas al ver que Jesús permanece como manso cordero. Jesús desea celebrar la pascua para lo cual da instrucciones a sus discípulos. Se habla de los preparativos, éstos formaban parte de un rito entre los que estaba la búsqueda de los Jamez (levadura), antes de comenzar la pascua había que eliminar la levadura ya que ésta era signo de la corrupción y por ende del pecado.

Manuel S. Fláker Labanda

Jueves, 5 de abril de 2007. Jueves Santo*Jn 13, 1-15*

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y que a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándolos con la toalla que se había ceñido.

Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: "Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?". Jesús le replicó: "Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde". Pedro le dijo: "No me lavarás los pies jamás". Jesús le contestó: "Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo". Simón Pedro le dijo: "Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dijo: "Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos". Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: "No todos estáis limpios". Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis".

En los cuatro primeros siglos este era un día litúrgico sin ningún relieve especial. Pero ya en el S. IV la peregrina Egeria relata que en Jerusalén había dos misas este día, una en la Basílica del Martiryum y otra sobre la Roca del Calvario. San Agustín también habla de dos Misas, una en la mañana y otra en la tarde. La Iglesia romana desde el S. V. celebra este día tres Misas, la primera era la de la reconciliación de los penitentes, es decir aquellos que tenían pecados graves eran excluidos de la comunidad temporalmente desde el miércoles de ceniza hasta el Jueves Santo, esta era la antigua forma de celebración del Sacramento de la Penitencia. En este día se consagraban los óleos santos en la llamada Misa Crismal. Y por la tarde se hacía únicamente en este día la Misa de la institución de la Eucaristía, hay que tener en cuenta que antes del Concilio Vaticano II no se celebraba la Misa por la tarde. Con esta Misa se concluye la

cuaresma y comienza la celebración del Triduo Sacro del Misterio Pascual, misterio único celebrado en tres momentos litúrgicos, la Cena del Señor, su Pasión y Muerte y Resurrección. El texto del evangelio de este día tiene características bautismales y nupciales. Al inicio dice: "habiendo amado a los suyos" y esto lo relaciono con el gesto de lavar los pies que tiene connotaciones esponsales. Jesús con la última Cena está anticipando sacramentalmente su pasión, muerte y resurrección, con la que se está desposando con su iglesia. Este gesto de lavar los pies forma parte de la antigua liturgia bautismal como así lo cita San Ambrosio de Milán. Lavar los pies es un gesto de siervos, Jesús se pone a los pies de los hombres para justificarnos del pecado y salvarnos.

Manuel S. Fláker Labanda

Viernes, 6 de abril de 2007. Viernes Santo

Jn 18, 1-19, 42: Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allí con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscáis?". Le contestaron: "A Jesús, el Nazareno". Les dijo Jesús: "Yo soy". Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles: "Yo soy", retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: "¿A quién buscáis?". Ellos dijeron: "A Jesús, el Nazareno". Jesús contestó: "Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos". Y así se cumplió lo que había dicho: "No he perdido a ninguno de los que me diste". Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: "Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi padre, ¿no lo voy a beber?".

Llevaron a Jesús ante Anás y Caifás

La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: "Conviene que muera un solo hombre por el pueblo". Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro

discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que había de portera dijo entonces a Pedro: "¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?". Él dijo: "No lo soy". Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús le contestó: "Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo". Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así contestas al sumo sacerdote?". Jesús respondió: "Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?". Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron: "¿No eres también de sus discípulos?". Él lo negó, diciendo: "No lo soy". Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: "¿No te he visto yo con él en el huerto?". Pedro volvió a negar, y en seguida cantó un gallo.

Mi reino no es de este mundo

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era al amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato fuera, adonde estaban ellos, y dijo: "¿Qué acusación presentáis contra este hombre?". Le contestaron: "Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos". Pilato les dijo: "Lleváoslo vosotros y juzgado según vuestra ley". Los judíos le dijeron: "No estamos autorizados para dar muerte a nadie". Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Jesús le contestó: "¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?". Pilato replicó: "¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?". Jesús le contestó: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí". Pilato le dijo: "Conque, ¿tú eres rey?". Jesús le contestó: "Tú lo dices: soy rey. Yo para estoy he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz". Pilato le dijo: "Y, ¿qué es la verdad?". Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo: "Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en

libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?". Volvieron a gritar: "A ése no, a Barrabás". El tal Barrabás era un bandido.

¡Salve, rey de los judíos! ¡Crucifícalo!

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían: "¡Salve, rey de los judíos!". Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: "Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa". Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: "Aquí lo tenéis". Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: "¡Crucifícalo, crucifícalo!". Pilato les dijo: "Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él". Los judíos le contestaron: "Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios". Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús: "¿De dónde eres tú?". Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: "¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?". Jesús le contestó: "No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor".

Desde este momento, Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: "Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César". Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman "el Enlosado" (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: "Aquí tenéis a vuestro rey". Ellos gritaron: "¡Fuera, fuera; crucifícalo!". Pilato les dijo: "¿A vuestro rey voy a crucificar?". Contestaban los sumos sacerdotes: "No tenemos más rey que el César". Entonces lo entregó para que lo crucificaran.

Lo crucificaron, y con él a otros dos

Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado "de la Calavera" (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: "Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos". Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato: "No escribas: "El rey de los judíos", sino: "Éste ha dicho: Soy el rey de los judíos"". Pilato les contestó: "Lo escrito, escrito está".

Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba a abajo. Y se dijeron: "No la rasguemos, sino echemos a suerte, a ver a quién le toca". Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: "**Mujer, ahí tienes a tu hijo**". Luego, dijo al discípulo: "**Ahí tienes a tu Madre**". Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "**Tengo sed**". Había allí un jarro lleno de vinagre. Y sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: "**Está cumplido**". E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Y al punto salió sangre y agua

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto, salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: "No le quebrarán un hueso"; y en otro lugar la Escritura dice: "Mirarán al que atravesaron".

Vendaron todo el cuerpo de Jesús, con los aromas

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbraba a enterrar a los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie

había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Es el día de mayores características dramáticas según lo recoge la tradición. La peregrina Egeria narra en su diario que los fieles de Jerusalén gemían y lloraban. San Ambrosio llamaría a este día: "días Amaritudinis" (día de amargura). Este día junto con el Sábado Santo es un día alitúrgico en el que no se celebra la Eucaristía. El texto de la Pasión que la liturgia nos pone este día es de Juan y difiere en algunos aspectos del resto de los evangelistas. El evangelista Juan tiene la ventaja de haber sido testigo de primera mano de lo que allí ha sucedido. Comienza con la oración de Jesús en el huerto y el prendimiento y concluye en otro huerto; el del Sepulcro. Destacaría las palabras de Jesús a Pilato: "mi reino no es de este mundo, esto resume la misión de Jesús ya que Él no ha venido a usurpar a nadie ningún reino, durante la vida de Jesús algunos han creído que Él quería constituirse en rey como los de la tierra, recordemos que Herodes piensa que a lo mejor ese Niño nacido en Belén, le podría destronar y Pilato ante la presión política que los judíos hacen en relación a Jesús, teme también que Jesús pueda ser una amenaza al gobierno romano. En la Pasión de Jesús estamos todos representados, no hay que asustarse de verse aún en los personajes más mezquinos.

Manuel S. Fláker Labanda

Sábado, 7 de abril de 2007. Sábado Santo

Domingo, 8 de abril de 2007. Domingo de Resurrección

Vigilia Pascual

Lc 24, 1-12

El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro. Y entrando no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con vestidos refulgentes. Ellas, desfavoridas, miraban al suelo, y ellos les dijeron: "¿por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Acordaos de lo que os dijo estando todavía en Galilea: "el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar"". Recordaron sus palabras, volvieron del sepulcro y

anunciaron todo esto a los Once y a los demás. María Magdalena, Juana y María la de Santiago, y sus compañeras contaban esto a los Apóstoles. Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron. Pedro se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose vio sólo las vendas por el suelo. Y se volvió admirándose de lo sucedido.

El evangelio de este día es el que da sentido a la existencia de la iglesia y a la predicación apostólica. En las "mirroforas" (portadoras de mirra), o las tres Marías está representada la iglesia que busca a Jesús resucitado. Es necesario que a la vida de todo hombre lleguen los ángeles, dicho de otro modo, los apóstoles o evangelizadores a anunciar que Cristo está resucitado. Este es el contenido de la predicación cristiana, el llamado "kerigma".

Manuel S. Fláker Labanda

Misa del día de Pascua

Jn 20, 1-9

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos donde lo han puesto". Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

En la Misa del día se proclama el evangelio de Juan, en él la protagonista es María Magdalena que es la primera testigo del hecho prodigioso de la Resurrección. Por otro lado juegan un papel importante Pedro y Juan que hacen presente a la iglesia, a través de ella nos llega de generación en generación el testimonio del sepulcro de Cristo vacío. Es importante ver y creer, "vio y creyó".

Manuel S. Fláker Labanda